



INTERNATIONAL CATHOLIC
CHARISMATIC RENEWAL SERVICES

SIRVIENDO A LA
RENOVACIÓN CARISMÁTICA EN LA
IGLESIA CATÓLICA DESDE 1972

BOLETÍN DE ICCRS PARA SERVIDORES

Formación para líderes actuales y nuevos de la RCC

■ VOLUMEN XXI, NÚMERO 3

■ MAYO - JUNIO 2015

Guiados por el Espíritu:

El precio del liderazgo

■ Denise Bergeron

EN ESTA EDICIÓN

Guiados por el Espíritu:
El precio del liderazgo

Denise Bergeron

El Espíritu sopla donde quiere:
Liderando con ojos y corazón nuevos

Robert Canton

Preguntas a la Comisión
Doctrinal de ICCRS:

Glosolalia, Xenolalia y Xenoglosia



El liderazgo como carisma de servicio es en principio un don de Dios. Su fundamento está basado en Cristo, la mejor imagen del que sirve a los demás.

Fundamentos

La autoridad procede de Dios mismo. Todos y cada uno de los carismas son dados con el propósito de conformar todos nuestro ser a Cristo, imagen perfecta del Padre. La misión de Cristo es dar testimonio del amor del Padre. Aunque su encarnación lo sitúa en los límites del tiempo y del espacio, su obediencia le da un resplandor universal.

San Pablo, en la epístola a los filipenses confirma esto cuando proclama:

«El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (Flp 2, 6-8).

En las Escrituras, Jesús, el Mesías de Israel, no se limitó al papel de liberador de su pueblo, sino que fue la luz de las naciones. Su servicio se extendió a toda la humanidad. Su intimidad con el Padre era tan profunda que no tenía otro deseo que el de compartirla.

El liderazgo, carisma de servicio, tiene un precio

La lucha más intensa de un líder es preguntarse con qué propósito utilizar el carisma de servicio: ¿guiado por la carne o por el Espíritu?, ¿de acuerdo con Cristo, queriendo decir aquí por él, con él y en él, o por nuestra gloria personal? Jesús es la figura por excelencia.

Él es el Siervo de Dios y de los hombres, por medio de él, permitiendo que Dios sirva a los hombres y, por medio de él, permitiendo que el hombre sirva a Dios.

Eso quiere decir que si elegimos a Cristo, él nos ayudará a deshacernos de todo lo que nos pueda impedir ser siervos y hará que podamos darnos libremente a Dios y a nuestros hermanos. Él nos purifica para que demos más luz de la presencia amorosa del Padre. Para volvernos resplandecientes en su presencia y demos luz, debemos esperar vivir el combate espiritual.

Dar testimonio del amor del Padre dondequiera que

esté, esta es la misión de Jesús. Si queremos conformarnos con Cristo y con su misión, está claro, como líderes de la Renovación, que nuestra perspectiva sería muy limitada si percibiéramos nuestro liderazgo como pertenecer solo a nuestro grupo de oración. Ser servidores no es solo trabajar para nuestra propia parroquia, comunidad o grupo de oración, sino aceptar darnos a otros y a la Iglesia. El Espíritu Santo nos alienta a mirar más allá de nuestra comunidad y a estar abiertos a la novedad y a la creatividad.

Estamos llamados a servir a la comunidad como un todo, que quiere decir servir a toda la Iglesia. Jesús anima intensamente a sus discípulos a responder a esta llamada, y hoy lo escuchamos volviendo a insistir: «Rema mar adentro, y echen sus redes para la pesca» (Lc 5, 4). Deja de tener miedo, de mirarte a ti mismo, sino más bien fija tus ojos en él.

Esta elección nos lleva, en distintos momentos, a luchar contra:

- nuestra facilidad de instalarnos cómodamente, aceptando ser desinstalados;
- nuestra tendencia a permanecer en nuestra pequeña rutina diaria, descentralizándonos y deshaciéndonos de viejos hábitos;
- la tentación de permanecer esclavos de nuestros miedos, nuestras preocupaciones de no ser amados o aceptados en nuestro justo valor, miedos de lo que se me va a pedir, desafiando el riesgo de la fe y aprendiendo a confiar;
- los requisitos de las relaciones interpersonales y el compromiso, viviendo la gracia de superarse a uno mismo en amor y caridad.

Cuando aceptamos a Cristo y su señorío en nuestras vidas, la purificación se realiza a todos los niveles de nuestro ser. La lucha por vivir es la de permanecer de pie, con los ojos fijos en Cristo, permaneciendo en relación íntima con él. He aquí algunos ejemplos:

- El liderazgo, el carisma del servicio, exige trabajar en uno mismo. Siguiendo el ejemplo de Jesús, que se dejó transformar por el amor de su Padre, el líder accede a dejarse sanar en partes de su ser que todavía no han visto la luz. La oración de sanación interior es muy útil y un medio eficaz en el crecimiento personal para desarrollar la compasión, la misericordia y la fortaleza.
- El liderazgo, el carisma del servicio, está enraizado en la Palabra de Dios. El líder toma de su tiempo para aprender y dejarse ser modelado a imagen de Jesús.
- Es contemplándolo en las Escrituras como descubre

«
Cuando aceptamos a Cristo y su señorío en nuestras vidas, la purificación se realiza a todos los niveles de nuestro ser.
»



lo mucho que es amado, perdonado y llamado al servicio de sus hermanos y la Iglesia.

- El liderazgo, el carisma del servicio, obra dentro de un contexto de relaciones. El líder es llevado en algunas ocasiones a asumir una determinada postura, como en los conflictos de relaciones, siendo un artesano de la paz, a través de la reconciliación y urgiendo a las personas a vivir el perdón.
- El liderazgo se aprende a través del ejercicio del discernimiento en los diversos carismas que ponemos al servicio de nuestros hermanos. El líder aprende a discernir sus propios compromisos, lo que es mejor para el grupo al que pertenece. Implora intensamente al Espíritu para tener sabiduría y discernimiento para hacer la mejor elección, en otras palabras, una elección para el crecimiento humano y espiritual en su vida personal y en la vida del grupo. Esto conduce a una mayor implicación en el ejercicio de los carismas.
- El liderazgo llama a distanciarse de las ideas y proyectos de uno. El líder que quiere ser obediente al Espíritu Santo cambia, a veces, sus proyectos, por muy buenos que puedan ser, para acomodarse a la voluntad de Dios manifestada en otros proyectos que responden más a la misión del grupo.
- El líder asegura la imagen que tiene de su responsabilidad. «No son ustedes los que me han elegido, soy yo quien los he elegido» (Jn 15, 16). La actitud de humildad del servidor es una cualidad esencial que permite la libertad interior en el compromiso de uno al servicio de nuestros hermanos. Recuerda constantemente que no es más grande que su Maestro. Descubrir la identidad profunda de uno como hijo amado del Padre permite a uno experimentar Pascuas diarias, manteniendo los ojos fijos en lo esencial.
- El liderazgo conduce a un desapego continuo de la función de uno. Es tan fácil para un líder hacer de su grupo o incluso de la misión, su propiedad. Esta es parte de su lucha, como el miedo a delegar pensando que el otro lo hará menos bien de lo que imaginamos, o miedo a perder poder y el lugar dentro del grupo. Es en la oración y en su devoción a Cristo que encuentra la fuerza para vivir una santa indiferencia, es decir, vivir la libertad interior con relación a las personas y las situaciones. Esto no debería impedirle darse completamente, a la vez que se asegura preparar a alguien para el relevo. Permanece atento para discernir y promover los talentos y carismas de cada uno. De esta manera, el grupo sigue vivo, desarrollándose y abierto a nuevas ideas.

El líder vencerá estas batallas acercándose a la oración, la alabanza y a los sacramentos, especialmente al sacramento de la reconciliación y la Eucaristía. Es en estos momentos de intimidad con Cristo donde se modela el corazón del discípulo.

La meta por alcanzar

La meta por lograr es crecer como hijo del Padre, como Jesús, entregado completamente como servidor de todo hombre. Este es el gran reto. Solo el amor abre los caminos de la vida. Estamos continuamente en una lucha interior con respecto a la identidad del Mesías con el que buscamos identificarnos. El Mesías es Jesús, el don de Dios dado a nosotros para que podamos entregarnos al Padre.

Nuestra lucha es dejarnos ser vestidos, inhabitados, transformados por el Cristo resucitado.

Varios ejemplos demuestran cómo Jesús vivió su vida en liderazgo. Lo vemos:

- Un niño frágil y sometido a su humanidad. En el Templo, cuando hablaba a los doctores de la Ley, con gran sabiduría. Sin embargo no dudó en someterse a María y José durante treinta años; así testifica sobre su total obediencia a la voluntad de su Padre.
- Pidiendo el bautismo de arrepentimiento. Por este gesto, acepta ser solidario con la humanidad pecadora. «Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él» (2 Cor 5, 21). Jesús fue al Jordán: está dentro de la lógica de la Encarnación.
- En el desierto, conducido por el Espíritu, recibe su misión y vive la lucha contra las fuerzas malignas.
- Jesús proclama la Palabra y da pasos de fe. Recorre ciudades y pueblos enseñando que el Reino de Dios está cerca. Sanó a los enfermos de todo tipo de enfermedades.
- Jesús no limitó su misión al pueblo de Israel, sino que verdaderamente fue la luz puesta en la lámpara para alumbrar a las naciones. Su mensaje llega a los extremos del mundo. Es por lo que les dice a sus discípulos: «Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19).

Conclusión

Jesús ha pagado el precio aceptando su misión de Servidor nuestro. Este precio lo condujo a morir en una cruz. Pero Jesús no permaneció en la cruz. Está resucitado y vivo entre nosotros. La llamada es hoy una llamada a movernos por todas partes, salir de nuestros caminos trillados, y morir a nosotros mismos y a nuestra comodidad. Nos urge a salir vencedores de nuestras batallas acogiendo la unción del Espíritu Santo sobre nosotros. Convirtámonos en discípulos con corazones de fuego, gozosos en la esperanza, fuertes en la fe y llenos de amor y celo en nuestros compromisos. El liderazgo, carisma de servicio, es un don precioso de Dios. Con la profunda seguridad de que Dios camina con nosotros y nos precede en el camino, acojamos el don con gratitud.

Que el Espíritu Santo, en este tiempo de preparación al Jubileo de Oro de la Renovación Carismática Católica, renueve en el corazón de los líderes de todo el mundo el carisma de servicio. 🏠

El Espíritu sopla donde quiere:

Liderando con ojos y corazón nuevos

■ Robert Canton



En su encíclica *Redemptoris missio* el papa Juan Pablo II escribe: «Si se mira superficialmente a nuestro mundo, impresionan no pocos hechos negativos que pueden llevar al pesimismo. Mas éste es un sentimiento injustificado: tenemos fe en Dios Padre y Señor, en su bondad y misericordia. En la proximidad del tercer milenio de la Redención, Dios está preparando una gran primavera cristiana, de la que ya se vislumbra su comienzo. En efecto, tanto en el mundo no cristiano como en el de antigua tradición cristiana, existe un progresivo acercamiento de los pueblos a los ideales y a los valores evangélicos, que la Iglesia se esfuerza en favorecer» (86).

Pero algunas personas pueden decir: «espera un minuto». Mira a tu alrededor. Hay mucho caos y desorden en muchas partes del mundo. ¿Cómo puedes decir que hay una nueva primavera para la cristiandad cuando los cristianos están siendo perseguidos e incluso ejecutados en algunas zonas del mundo? Existen deterioros sociales, morales y espirituales y malestar a todo nuestro alrededor.

Como cristianos, nuestra esperanza está anclada en el Señor que es la máxima autoridad. En el salmo 146, 5-7, la Palabra de Dios dice: «Dichoso a quien auxilia el Dios de Jacob, el que espera en el Señor, su Dios, que hizo el cielo y la tierra, el mar y cuanto hay en él; que mantiene su fidelidad perpetuamente, que hace justicia a los oprimidos, que da pan a los hambrientos. El Señor liberta a los cautivos». En Romanos 5, 20-21, san Pablo afirma: «Ahora bien, la ley ha intervenido para que abundara el delito; pero, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, para que, lo mismo que reinó el pecado a través de la muerte, así también reinará la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesucristo, nuestro Señor».

El papa Francisco, en su homilía durante la vigilia pascual del 2013, proclamó: «no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza, nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él».

En efecto, el Señor nos ha estado diciendo, a nosotros su pueblo, que nos preparemos para una nueva primavera, para las cosas nuevas que vienen. En Isaías 43, 18-19, leemos: «mirad, que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis? Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo». ¡Sí, el Señor sigue haciendo algo nuevo! Dios no cambia. Dios dice: «Yo soy el que soy» (cf. Éx 3, 14). «Jesucristo es el mismo ayer y hoy y siempre» (Hb 13, 8).

Es realmente muy emocionante estar vivo en estos días y época, porque el Espíritu Santo está muy activo en el mundo. De esta manera, me atrevería a decir, proféticamente, que el Espíritu Santo está a punto de hacer algo sin precedentes y desatar su poder que es mucho mayor que lo que nunca hayamos oído o visto o experimentado, o incluso imaginado, para dar gloria a la Trinidad. «Porque para Dios nada hay imposible» (Lc 1, 37). ¡Con Dios, siempre hay algo más! Nosotros como líderes de la RCC deberíamos seguir sirviéndole a él y a su pueblo con un nuevo vigor, con ojos nuevos y corazón nuevo

y, sí, con más entusiasmo. No podemos permitirnos permanecer quietos y observar cómo las cosas se despliegan antes nuestros ojos, o mantener el statu quo, por así decirlo. El Señor quiere que saquemos el máximo provecho de todo lo que nos ha confiado. Sin embargo, muchos líderes siguen luchando bajo el peso de las responsabilidades que acompañan al liderazgo. Y lo que es peor, muchos se han rendido completamente desesperados por lo que el papa Francisco describe como «cansancios, desalientos y tristezas». Muchos líderes han caído en la trampa de la autosuficiencia y la autonomía en vez de confiar en el poder del Espíritu Santo. San Pablo dice en Ef 4, 1: «Así, pues, yo [...], les ruego que anden como pide la vocación a la que han sido convocados». Y, permítanme que añada, no solo ser «dignos de la llamada» sino también tenemos que esforzarnos a ser fieles a la llamada que hemos recibido del Señor. El Señor quiere que seamos participantes activos de la acción de su Espíritu Santo. Quiere que sigamos para marcar una diferencia donde quiera que tengamos que extender su Reino. ¿Cómo podemos hacer esto? He aquí algunos principios de cómo convertirnos en los que el Señor quiere que seamos para seguir siendo instrumentos del Señor y comprometernos activamente en la gran acción del Espíritu Santo.

1. Pidámosle a Jesús que permita que la unción del Espíritu Santo esté sobre nosotros siempre. La palabra unción está definida por el diccionario como 'aplicar y extender superficialmente aceite u otra materia pingüe sobre algo'. En 1 Jn 2, 27, la Palabra de Dios dice: «Y en cuanto a ustedes, la unción que de él han recibido permanece en ustedes, y no necesitan que nadie les enseñe. Pero como su unción les enseña acerca de todas las cosas —y es verdadera y no mentirosa—, según les enseñó, permanezcan en él». San Pablo dice en Ef 5, 18: «Nos se emborrachen con vino, que lleva al libertinaje, sino déjense llenar del Espíritu». Cuando estamos llenos de y ungidos por el Espíritu Santo, podremos discernir y hacer las cosas sobrenaturales de Dios. Nos haremos servidores más poderosos y eficaces de Dios. El Espíritu Santo es nuestro consolador, defensor, paráclito, maestro, fortalecedor, fuente de sabiduría, conocimiento y vida.

2. Confiemos que el Señor nos puede usar a pesar de nosotros. La Palabra de Dios dice en Ef 2, 10: «Somos, pues, obra suya. Dios nos ha creado en Cristo Jesús, para que nos dediquemos a las buenas obras, que de antemano dispuso él que practicásemos». En efecto, el Señor tiene grandes planes para nosotros porque cada uno de nosotros es su obra maestra. Por eso siempre debemos confiar en el Señor. «Me alegra porque cuento con ustedes en todo» (2 Co 7, 16). En Flp 4, 13, san Pablo dice: «Todo lo puedo en aquel que me conforta».

3. Centremos nuestro corazón y mente y todo nuestro ser en el Señor Jesucristo. No nos cansemos nunca ni cesemos de conocer a Jesús, no solo de saber sobre él. En Hb 12, 2, la Palabra de Dios dice: «fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe, Jesús». Cuanto más nos centremos en el Señor Jesucristo, más abiertos y dispuestos estamos para hacer lo que él quiere que hagamos, y para ser lo que él quiere que seamos. «Por tanto, ya que han aceptado a Cristo Jesús, el Señor, procedan unidos a él, arraigados y edificados en él, afianzados en la fe que les enseñaron y rebosando agradecimiento» (Col 2, 6-8). 🏠



PREGUNTAS A LA COMISIÓN DOCTRINAL DE ICCRS

La Comisión Doctrinal de ICCRS, actualmente presidida por la Dra. Mary Healy, consulta con teólogos y especialistas de todo el mundo.

Si tiene alguna pregunta sobre la RCC, envíela a newsletter@iccrs.org

Glosolalia, Xenolalia y Xenoglosia

El don de lenguas es uno de los muchos carismas dados por el Espíritu Santo para edificación de la Iglesia. La base bíblica para este don se encuentra en el mandato de Cristo resucitado de proclamar el Evangelio en Marcos 16, 17 y en otros dos libros del Nuevo Testamento: Hechos y 1 Corintios.

El don de lenguas ha sido objeto de muchos estudios y diversos términos se asocian a él, incluyendo glosolalia, xenoglosia y xenolalia. ¿Cuál es la diferencia entre estos términos?

La palabra «glosolalia» deriva de la frase griega *glōssais lalein*, que literalmente significa 'hablar en lenguas'. En la teología cristiana, glosolalia normalmente se refiere a sonidos similares al habla dados por el Espíritu Santo para el uso en oración privada o pública.

El término «xenoglosia» procede de las palabras griegas *xenos* 'extranjero' y *glōssa* 'lengua' y significa 'hablar en una lengua extranjera'. De manera similar, *xenolalia* viene de *xenos* 'extranjero' y *lalia* 'hablar', y también significa "hablar en una lengua extranjera". Estos términos se utilizan a menudo sinónimamente y se refieren a hablar o escribir en un lenguaje humano que uno no ha adquirido por medios naturales.

En el Nuevo Testamento, Pablo y Lucas sí presentan el don de lenguas de maneras diferentes. Lucas describe las lenguas como un signo de la venida del Espíritu Santo sobre los discípulos el día de Pentecostés, cuando «hablar de las grandezas de Dios» en diferentes lenguas y dialectos (Hch 2, 1-13). A veces se sostiene que el milagro real en Pentecostés fue el de la escucha y que las «lenguas» fueron de hecho una forma de habla extática más que una lengua identificable. Pero esto parece ser una lectura incorrecta de los Hechos de los Apóstoles, que registra un «hablar en otras lenguas» así como escuchar en la «propia lengua» de los presentes. Lucas así considera el fenómeno de Pentecostés como xenolalia, hablando en lenguas humanas reales desconocidas para los hablantes.

Lucas registra más locuciones en lenguas en Hechos 10, 46, cuando el Espíritu desciende sobre la casa gentil de Cornelio y de nuevo en 19, 6 cuando los discípulos efesios de Juan el Bautista reciben el Espíritu. En estas ocasiones no hay sugerencia de que las lenguas fueran idiomas verdaderamente reconocidos por ninguno de los escuchantes. Pero el contenido del habla en lenguas en todos los tres textos es la obra poderosa de Dios. Aunque el término «obra poderosa» se utiliza solo en Hechos 2, 11, el verbo relacionado «ensalzar» se encuentra en 10, 46 y 19,17,

y sugiere que lo que decían en lenguas era la alabanza de Dios.

Pablo enumera las lenguas entre los dones del Espíritu en sus instrucciones a los corintios sobre los dones carismáticos (1 Co 12, 10; 14, 2, 5). Pablo parece tener en mente dos formas diferentes del don: lenguas como un mensaje público para la asamblea y lenguas como una forma de oración.

Las lenguas en el primer sentido es un don profético cuya comprensión exige la presencia de un intérprete (1 Co 14, 26-28). El intérprete no traduce el mensaje sino más bien es movido a transmitir su significado general. Pablo ve una variedad de funciones que se han de cumplirse por medio de este don, incluyendo la alabanza de Dios y la revelación a la congregación.

En el segundo sentido, Pablo dice que las lenguas están dirigidas a Dios no al prójimo, pues es un don de oración más que de predicación (1 Co 14, 2). Es un don para la alabanza carismática inspirada y quizá para comunicar gemidos y anhelos interiores que la persona no puede expresar con palabras (ver Rom 8, 26-27). Así se nos dice en 1 Co 14, 14-17 que este es un don de oración, de alabanza y acción de gracias. Su función primordial no es, por lo tanto, la comunicación inteligible. Una oración así implica palabras y sonidos que

no pertenecen a ningún idioma existente.

Aunque el que habla en lenguas no conoce el contenido, la persona se da cuenta de que él o ella lo está diciendo. Pero hay que señalar que la persona tiene el control y puede decidir cuándo comenzar y cuándo parar, y no es arrastrado involuntariamente por el don. El valor de este tipo de oración de alabanza está precisamente en su carácter no racional, que permite al Espíritu Santo evitar la mente y mover al espíritu humano a orar como lo profundo hablándole a lo profundo (Rom 8, 26-27).

En la Renovación Carismática hoy, el segundo tipo de lenguas es mucho más común, aunque también se han registrado ejemplos del primer tipo.

Debería señalarse que la glosolalia y la xenoglosia no son una garantía de que un hablante esté siendo movido por el Espíritu Santo, ya que Satanás intenta falsear cada don del Espíritu. Pablo por tanto advierte a los corintios que discernan cada don espiritual basándose en el criterio de la verdad (1 Co 12, 1-3) y el amor (1 Co 13, 1-3), y les recuerda que los dones tienen un valor solo en tanto que sean ejercidos en orden correcto para la edificación del cuerpo de Cristo (1 Co 14, 39-40). 🏠

